
De miedos e ilustraciones*

Fernando Escalante Gonzalbo

No sucede con mucha frecuencia, pero hay libros que no necesitan ninguna presentación, que no necesitan que nadie los elogie ni los recomiende. Sucede así con *Miradas sobre el aborto*. Es tan obviamente necesario que cualquiera que se tropiece con él tiene que sentir la curiosidad, más aún, la necesidad de leerlo sin que nadie se lo recomiende. Y de lo que vale la pena hablar es de eso; de esa necesidad. Al menos es lo que querría hacer yo: una mínima apología de la ilustración.

En un libro como éste hay un extraño optimismo, una extraña confianza, hay en el fondo la idea de que podemos entendernos, de que podemos ponernos de acuerdo y ser razonables, que sólo hace falta conocer un poco más, comprender un poco mejor, hacernos cargo de la dificultad de vivir una vida humana. Y que es posible así ir creando no un orden feliz, no un orden perfecto, no un orden justo, pero sí por lo menos un orden decente. Es admirable y desconcertante la tenacidad de ese ánimo ilustrado porque todos los días —desde el tiempo de Voltaire y en adelante— el mundo parece ofrecer razones de sobra para el desaliento.

Si se piensa bien, el hecho mismo de que este libro sea tan necesario, incluso urgente, debería ser algo descorazonador. Que haga falta seguir explicando lo más obvio, que haga falta defender la libertad de conciencia contra residuos teológicos que quedan en nuestra legislación, que haga falta explicar que el aborto es un tema de salud pública y un problema de conciencia individual, pero no un asunto de derecho penal. Es algo descorazonador que todavía sea necesario explicar que

* La primera parte de este texto fue leída en la presentación del libro *Miradas sobre el aborto*, editado por GIRE, el 11 de julio de 2001, en el Centro Cultural San Ángel.

una legislación decente es la que no se ensaña con los más débiles precisamente en sus momentos de mayor angustia. El caso es que hace falta.

Ahora bien, aparte de las razones y las explicaciones, las cifras y los datos de encuestas que incluye el libro resultan desconcertantes. Según lo más probable, cada año acuden a practicarse un aborto entre 500 000 y 800 000 mujeres en México. Según las encuestas, la abrumadora mayoría de la población considera que es una decisión que corresponde a la mujer, o a la mujer con su pareja.

Siendo así, lo que resulta extrañísimo es que no haya un movimiento ciudadano masivo para exigir al Congreso que elabore una legislación razonable que se haga cargo del problema.

Hay que descontar —porque es un hecho notorio— el desinterés con que suele mirarse lo que haga o deje de hacer el Congreso, también la desconfianza que inspira el estado, el descrédito de un orden jurídico que no se espera ver cumplido en la práctica. Con todo eso, la verdad es que la gente se agita, protesta y reclama cuando algo le concierne y no sucede así en este caso.

Cuando se trata del aborto hay algo más. El tema mismo aparece rodeado de sombras y de silencios, aureolado por un temor supersticioso. Es algo de lo que no se habla, algo que no aparece en la televisión. Sólo de mencionarlo la gente se inquieta. Del aborto, si acaso, se habla en voz baja y en privado, de prisa y con miedo, lo mismo que los ibo en las noches sin luna evitan mencionar por su nombre a las serpientes para que no se sientan llamadas. Por supuesto, de ese miedo supersticioso se ha alimentado siempre el poder de los chamanes, de los brujos, de los oráculos y de todos los intermediarios con el más allá; y sólo hay una forma de liberarse de ese miedo: eso que con una hermosa expresión desde el siglo XVIII llamamos ilustración.

Entendámonos, no se trata de sustituir una fe por otra, de hecho no se trata de combatir la fe de nadie si no de respetar las ideas de todos y procurar hacernos este mundo un poco más habitable, humanamente habitable, es decir: un mundo en que cada quien pueda escoger su manera de vivir, donde cada quien pueda decidir sobre su propia vida en conciencia y libertad. Ésa es, puesta en una nuez, la apuesta de este librito.

Ahora bien, respetar las creencias respetables no significa apartarse, hacerse a un lado y que cada quien crea lo que buenamente quiera o pueda creer, sino que significa poner por encima de todas esas creen-

cias las razones que nos permiten fundar un orden humano, decente. Y un orden así necesita de un modo indispensable una ilustración al alcance de todos. Necesita que llegue a todos toda la información, lo que racionalmente podemos saber. Si después de saberlo y entenderlo alguien prefiere la calidez y el consuelo de una superstición, podrá tenerla para sí libremente. De otro modo, ni siquiera es libre su elección y no es justo ni es decente un orden que impide saber, que prohíbe saber.

Voy un poco más lejos: en materia de salud pública, como lo es el aborto, es directamente criminal todo lo que se haga por impedir o por obstruir el acceso general a una información tan completa como sea posible.

Un libro como éste hace falta hoy en México y eso —ya lo dije— es una mala noticia. Pero este libro se ha publicado hoy en México y eso es una buena noticia, una magnífica noticia, porque no solía ser fácil en otro tiempo enterarse, saber, entender y poder aclararse un poco y la ignorancia produce siempre frutos amargos. Lo sé por experiencia.

Permítanme una brevísima nota personal porque no encuentro otra manera más gráfica de explicar esto. Hace muchos años, tantos como veinticinco, siendo yo estudiante de una escuela católica, fui miembro de un grupo de niños de 12 y 13 años que utilizó Francisco Serrano Limón como cobertura para lanzar una de las primeras campañas en contra de la despenalización del aborto. Puedo entender ahora, 25 años después, que en buena lógica publicitaria era un acierto aprovechar las caritas y vocecitas de los niños, y la proverbial inocencia de los niños. Puedo entender ahora, 25 años después, que resultase lo más práctico, lo más sencillo, utilizar la candidez, la buena fe y la inevitable ingenuidad de los niños. También sé que es inmoral. También sé —con toda seguridad y por experiencia— que todo eso era posible porque no resultaba nada sencillo para los niños que éramos entonces, tener acceso a alguna otra información. No podíamos saber más y ni siquiera sabíamos que se nos había prohibido saber.

Para el niño que era yo entonces, el miedo, la irracionalidad y el odio eran tan naturales como la vida misma y además servían al propósito de defender la vida. Por no dejar, les cuento algo del ridículo final de aquella historia. Con lo poco que podía saber, en mi razonamiento infantil llegué a dar con algo que me pareció un hallazgo luminoso: si se trataba de evitar el aborto, lo más práctico era invertir el dinero y el esfuerzo en una gigantesca campaña de promoción de los anticoncepti-

vos. Sólo entonces, cuando se me ocurrió proponer esa tontería, empecé a entender algo de lo que estaba pasando. Siempre me he dicho que no pude hacer mucho daño a nadie en aquel entonces con lo que hice, pero la verdad es que no lo sé; la verdad es que me avergüenzo de todo ello, a pesar de saber que quienes deberían de avergonzarse son los que utilizaban y los que siguen utilizando así a los niños.

Por todo eso, sé con toda certeza que la información hace falta, que la educación hace falta. Sé que la tenacidad del esfuerzo de ilustración que se manifiesta en un libro como éste puede hacer toda la diferencia. De más sólo diría que es un texto de claridad ejemplar: un ejercicio propiamente admirable de moderación, sensatez, ecuanimidad y buen sentido. Sólo una cosa no me gusta: ver en el colofón que se han tirado tres mil ejemplares.

Hacen falta muchos más.

Adenda

Con motivo de la lectura de las páginas anteriores recibí algunas cartas —unas amables, otras no tanto— que me reprochaban haber sido parcial y subjetivo en lo que dije. Es verdad. Hablaba —hablo ahora— de mi experiencia personal, en el intento de entenderla. Porque me sucedió a mí pero también a muchos otros como yo y, aparte de lo que se quiera teorizar, hay algo que sólo puede entenderse y explicarse en primera persona.

Ahora que releo mis notas y recuerdo aquellos años, me llama la atención sobre todo el uso del miedo: me educaron, nos educaron en el miedo, con miedo, para que siguiéramos teniendo miedo. Estaba la seguridad absoluta, firmísima, del más allá; fuera de eso, el espanto. Nos educaron, además, en una ignorancia calculada, premeditada, organizada para conservar el miedo y aprovecharlo: el miedo puede ser muy útil. Un niño, un adulto asustado es capaz de cualquier cosa. Basta un empujón y la vida es como romper una piñata: andar a ciegas y con un palo.

Confieso que no me gusta mucho la distinción entre “derecha” e “izquierda”; es cómoda, desde luego, todos sabemos aproximadamente a qué se refiere, pero casi siempre es ocasional y a veces arbitraria. Pensando en mi educación, sin embargo, se me ocurre que hay una diferencia radical, definitiva, que se refiere a los usos del miedo, trazada por la divisa de Kant: *sapere aude*, atrévete a saber.

En general, la gente tiene miedo y con razón. Tiene miedo a la muerte, a las enfermedades, tiene miedo a la soledad y al abandono, miedo a equivocarse. La gente tiene miedo de su cuerpo y de su propia imagen en el espejo: tiene miedo de vivir. Con razón. Todo está en lo que se hace con ese miedo. Eso que quiero llamar “la derecha” —y da igual que sea la Inquisición o el PC— no sólo usa esos viejos, inevitables temores, sino que les suma otros, rodea la vida de misterio y espanto para poder ofrecer seguridad: ejército, religión, dogma, autoridad. La “izquierda”, en cambio, la izquierda en la que puedo creer, se define fundamentalmente contra el miedo, con el único remedio que hay: la voluntad de saber.

Acaso haya que decirlo: el saber no elimina el miedo. La fantasía de que la Ciencia vaya a resolverlo todo y ofrecernos una seguridad perfecta es otra forma de superstición, igualmente siniestra. El saber no es tampoco revolucionario ni belicoso: no destruye nada, salvo fantasmas, ahuyenta pesadillas. Sobre todo, el saber no ofrece consuelo, no es luminoso y esperanzador; las más de las veces nos deja delante de un mundo gris, desencantado, incierto, un mundo triste casi siempre, pero sin monstruos ni sombras aterradoras. La voluntad de saber no significa el deseo de ser feliz, sino la decisión de no hacerse ilusiones. Al menos eso.

Veinticinco años después sé que tengo tanto miedo como antes, como entonces. Pero es un miedo distinto. Puedo saber en qué consisten las amenazas y sé que precariamente, dolorosamente, puedo sostenerme sobre mis propios pies, a pesar de todo. Puedo saber que estaré enfermo y estaré solo, puedo saber que nada me librará de la angustia de decidir y nada me evitará equivocarme y sufrir. No necesito un enemigo encarnizado para tener un desahogo, no necesito salvarme. Este miedo es parte de mi vida, inseparable de la alegría y del placer.

(En mi último cumpleaños, por cierto, mis hijos me regalaron un pequeño sello de goma, para marcar mis libros, que dice: *sapere aude*; también es un compromiso con ellos.)